

dre, de la siniestra madre. En 1964, Althusser sueña que ha de matar a su hermana o, en cualquier caso, que ella debe morir. Recuerda el sueño con un sentimiento de sacrificio mezclado con placer sexual. Es el sacerdote que convierte en sagrada a la víctima, pues tal es sacrificar.

El prototipo de mujer que se forja Althusser es muy definido: una muchacha pequeña, morena y (esto es interesante) que siempre está de perfil, como si pasara de largo, sin mirarlo. Una mujer que resiste al primer intento del varón (no sabemos si al segundo), que se deje amar pero que no lo ame, ya que le repugna ser objeto del deseo femenino.

La historia sexual de Althusser, hasta su encuentro con Hélène, cuando él tiene unos treinta años, es curiosa y difícil de creer. Aparte de las poluciones nocturnas, Louis es casto y sólo descubre la masturbación a los veintisiete años, tan emocionado que se desmaya. Esto nos muestra hasta qué punto ha vivido lejos de su cuerpo y del cuerpo de los demás, sobre todo pensando en sus años de internación en campos de prisioneros, colegios, hospitales, etc. En compensación, al evocar este tiempo, recuerda unos paisajes impregnados de alusiones genitales, con árboles y plantas que le evocan los órganos del sexo. Connotaciones sexuales tienen, también, algunas imágenes de corrupción y de muerte: el tiempo pasado en los retretes, oliendo los restos de excrementos ajenos, la abuela matando animales domésticos para comérselos.

Otro aspecto de su distante y oblicua relación con el cuerpo y con el mundo corporal es su descrita cobardía física. Teme pelearse, exponer su cuerpo disminuido por la fuerza de otro. De hecho, no recuerda haberse peleado en su vida. Teme, asimismo, ser abandonado, exponerse desnudo o ser objeto de requerimientos amorosos. Al definirse como «un hombre de nada, sin más existencia que la de sus artificios y de sus imposturas», se está defendiendo, mágicamente, de esa difusa agresión que percibe en el mundo (tal vez, el fantasma del otro Louis Althusser, que viene a quitarlo de en medio para quedarse con su madre). En cualquier caso, la realidad exterior, terrífica, queda, por las dudas, y para siempre, fuera de su alcance, y viceversa, generando una situación de psicosis defensiva que, regularmente, anula su identidad, la presencia de él mismo ante él mismo. La cobardía, en otro sentido, se compensa con la obediencia, la pertenencia a una institución protectora: la ortodoxia.

Entonces aparece Hélène, una mujer que odia a su propia madre, que la odia a su vez y le transmite un decreto con la prohibición de vivir (algo así como la madre de Louis a su hijo). Identificada con esta imagen odiosa y terrible, Hélène teme convertirse en una harpía, incapaz de ser amada, aunque capaz de amar. De hecho, acabará con la vida de sus padres, apli-

cándoles unas sobredosis de morfina, para aliviarlos de los dolores del cáncer. Y del resto.

El primer encuentro con Hélène le produce repulsión y terror. El olor de su piel le parece obscuro. Ella le habla del comunismo y del mito de la clase obrera, mientras él prepara su viaje a Roma, para ver a Pío XII. Por fin, se produce el encontronazo sexual: «...algo nuevo, sobrecogedor, entusiasta y violento». De seguido, fantasías de abandono, depresión, Hélène que lo lleva a un psiquiátrico donde le aplican electrochoques. Althusser percibe la violencia del lugar, mientras los médicos discuten si lo suyo es demencia precoz o melancolía con picos depresivos.

Hélène entra en su vida, lo penetra con violencia y lo atraviesa con su deseo. Althusser se siente poseído como si el varón fuera ella, que supervisa su vida íntima, examina y rechaza a las demás mujeres que asedian a Louis. Es como el fantasma del tío muerto, hecho mujer. Y como la madre, que detesta a las mujeres, porque cuestionan su calidad de única. Luego, racionaliza su rechazo: esta mujer no te conviene; ésta otra, tampoco, etc.

Ella es, a la vez, la buena madre y el buen padre que Louis nunca tuvo. Le da la juventud que jamás conocerá. Lo convierte en otro hombre, como una madre iniciática. Al fin, Louis puede amar, follar y ser comunista. A su vez, Hélène exagera su inestable identidad: es joven y viejo (desea celebrar un pacto diabólico de eterna juventud), es un varón pero actúa como una mujer de su casa, remilgada y pálida, que hace la comida y lava los platos; puede y no puede amar; se deprime y se exalta; pasa de la impotencia sexual a la exaltación hipomaniaca; a veces, se describe como una mujer estéril, incapaz de amar y objeto pasivo del deseo masculino, enamorada de modo narcisístico de sí misma a través de su hijo, pero carente de un hijo efectivo. Instrumento del deseo de su madre, Althusser entrega esta herencia a Hélène: un artefacto. Ella lo acepta con su voz «incomparablemente cálida, buena, siempre grave y flexible como la de un hombre» y la toma con sus manos «de una mujer muy vieja, de una pobreza sin esperanza ni recurso...».

La relación tiene intermitencias: las internaciones de Louis, las desapariciones de ella (como las del padre Althusser). Hélène prohíbe que él tenga relaciones libres con otras mujeres, que se marche a vivir con ellas, que les haga hijos. Cuando queda embarazada, va a Inglaterra y aborta. Louis recuerda el hecho como un enésimo sacrificio. En realidad, es él quien se lo pide: le horroriza la paternidad. Hélène, mujer única, símil de la hermanamadre, es, sobre todo, la esposa mística: guía, compañera, amante, padre, madre, hermana, todo antes que mujer. Controladora y celosa, pone límites a la seducción de Althusser, cuando llega a las fronteras del ligue. Forma parte, en rigor, de un nudo de relaciones que Althusser se ha tejido para

compensar su ausencia psicótica del mundo: primero está Hélène, que es el padremadre; luego, el analista o confesor, la madrepadre; por fin, los amigos, acaso «los otros». En una carta de Hélène (1962) la describe como la mujer que creyó en él y unió las dos partes de su identidad, escindidas por la duda; era un ser que tenía la edad del mundo (sic) y logró armonizar la vida con la intransigencia de los principios. Clave de los enigmas, lugar de la conciliación, arcaica figura que llega a los orígenes del mundo: Hélène es la mamá pero, sobre todo, la madre arquetípica, la sustancia unificadora que todo lo suelda y apacigua todas las contradicciones.

Por ello, también se erige en vehículo privilegiado con la ortodoxia. Hélène, antigua comunista, es/no es expulsada del Partido, en un proceso insuficientemente documentado. En cualquier caso, Althusser vive con los dos, como un cura con su barragana, en «el gran seminario sin Dios y sin misa» que es la Escuela Normal Superior. Cada tres años, ella lo lleva a un psiquiátrico. Allí conocerá la gloria (década del sesenta) y la psicosis filosófica del cuestionamiento y el suicidio intelectual (década del setenta). Allí, convertido, finalmente, en nadie, ejecutará a Hélène.

### III

En oposición a sus relaciones dramáticas y desgarradas con las mujeres (y con la mujer y con la Mujer), Althusser ha vivido algunos episodios de idilio sentimental con otros varones. Su biógrafo Boutang no vacila en definirlo como un homosexual latente y denegado. En su autobiografía, Althusser recuerda haberse abrazado, llorando, a su amigo Paul de Gaudemar, y sentido cierta excitación sexual. Se conocieron en 1935 y Althusser le envió una copia de un pasaje del *Jean Christophe* de Romain Rolland: «Tengo un amigo. El amor de nuestras almas entremezclado en nuestras almas». Siempre en busca de protección, Althusser se siente protegido por Paul, y media entre Louis y otra muchacha, que Althusser recuerda semejante a la primera, pero con escasa verosimilitud. Louis envía su diario íntimo a Paul, para que lo revise.

Si hubo algo de físico en este amor con tanta delicada intimidad, fue rechazado por Althusser, seguramente porque se trataba de una gratificación corporal, algo obsceno y pecaminoso. Pero puede pensarse, también, que no hubo sublimación en éste y otros casos similares, sino que, simplemente, lo masculino era sublime para Althusser, y estaba levitando sobre la femenina y corrupta gravedad de la tierra. Tal vez la imagen amorosa de Althusser fuera bisexual. Recuerda lo atractiva que le resultaba una mujer que orinaba como un varón, y Robert Daël, su compañero de cauti-

verio, «cariñoso conmigo como una mujer, la verdadera madre que yo no había tenido». Líder político de los internados, Daël recibió de Althusser la promesa de no casarse nunca, suerte de voto de celibato. A su vez, Daël escribió a la madre de su amigo (14 de octubre de 1945): «Él y yo iremos de la mano y él lo sabe bien (...) Si usted supiera cómo lo amo, se inquietaría mucho menos».

De su maestro Jean Guilton, Althusser escribirá: «Guilton está enamorado de mi alma». El filósofo y teólogo católico evocará su relación con Althusser acudiendo a las parejas Sócrates-Platón, Jesús-Juan. Fue, tal vez, un caso de *Eros pedagógico*, el discípulo enamorado del deseo del padre sustituto, que es el maestro. Hay algo de erótico en este narcisismo colectivo del saber que contiene toda doctrina revelada: amarse en la verdad de Dios. Crisis típica de la adolescencia, esta erótica de la verdad aparece en la historia personal de muchos intelectuales comunistas, que reconvirtieron su religión en otra religión.

Aquí puede hallarse alguna clave para esta zona penumbrosa de la sexualidad y la afectividad de Althusser. Su homosexualismo es el que corresponde a las reuniones herméticas de varones solos: internados de jóvenes, cuarteles, campos de prisioneros, conventos. Mentalmente, Althusser vivió siempre en un claustro. Hipóstasis del claustro materno, quizás, o institucionalización de una comunidad de sabios que revela, recibe y administra la verdad. En cualquier caso, desde pequeño, Althusser sintió como cercanos el martirio, la sexualidad y la vida religiosa. Las imágenes de la virgen de hierro, el empalamiento y la sodomización a que venía a someterlo el fantasma de su tío muerto, aparecen juntas. Guilton llegó a considerarlo santo, junto con su hermana.

La vida monástica (castidad, trabajo manual, silencio) fascina a Althusser desde tiempo precoz. «He pensado en el retiro del convento como una solución de vida a todos mis problemas insolubles. Desaparecer en el anonimato, mi sola verdad: siempre ha permanecido, e incluso ahora, a pesar y contra la notoriedad que sufro tanto». Trabajo solitario, compañías exclusivamente masculinas, discípulos y maestros, todos estudiando cómo Dios, a través del cristianismo, deviene en la historia. De hecho, los treinta y dos años que Althusser pasó en la Escuela Normal Superior pueden verse como un largo episodio conventual. Allí había «reclusión monástica y ascética, y protección»: trabajar solo era no meter las manos en el mundo, actuar a distancia, no tocar a la sagrada e inmundada madre mundanal. El tacto es materno, la vista es paterna y establece la distancia lúcida y limpia, la nitidez.

Más allá de la Escuela, siempre la vida de Althusser ha ocurrido dentro de la cerrazón de un círculo: familia, campo de prisioneros, Iglesia, Parti-